

—No se arrepiente—repuso un día el señor Breteuil delante del cual exponía esta opinión:—Está humillada, pero no corregida. No la corregirán ni ahora ni nunca. Lo he observado en sus ojos cuando os mira, os aborrece mi pobre amiga.

La señora de Breteuil exhaló un suspiro y se esforzó en no pensar más en ella.

XXV

Tanto temor, como había tenido Norina de ver llegar á su madre, tanto más ansiaba ahora que se aproximase el momento de abrazar á esta confidente de los disgustos domésticos. Por tanto, la señora Guerbois y hasta los hermanitos fueron acogidos con una expansión de alegría que no dejó de sorprenderlos.

Cuando las dos mujeres se encontraron solas, Norina se dió prisa en desgranar el rosario de sus miserias; basada en el recuerdo de ciertas escenas entre su padre y su madre, esperaba encontrar toda la conmiseración imaginable en una señora que siempre había resistido á su marido.

Pero la señora de Guerbois supo demostrar á su hija que cada uno tiene una medida pequeña para sí, y grande para los demás. Que tuvo sobrada razón para convertir en ilota al pobre Guerbois, estaba cien veces probado; pero que Norina debiese obrar lo mismo con Luis Dubal, era muy diferente, y se lo hizo ver con argumentos indiscutibles.

—En un matrimonio pobre, al que ninguno de los esposos ha llevado nada, la mujer debe organizar la existencia, de suerte, que el marido trabaje y gane todo el dinero posible; si se resiste hay que arreglar-

se para obligarle á obedecer por la persuasión y por escenas que los hombres detestan, y de las cuales concluyen por tener miedo. Pero contigo, la cosa varía. Tú no has aportado nada; tu marido es quien lo pone todo. El ha firmado un contrato matrimonial por el que te reconoce cien mil francos de dote; lo que te producirá cuatro mil francos de renta; él es muy bueno; pero en realidad, el día que llegue á hartarse, puede muy bien echarle á la calle con los cuatro mil francos de renta, cuando gastas cerca de cincuenta mil: mira si la diferencia merece que hagas algunas concesiones.

Esto era hablar con pico de oro; pero Norina tenía un carácter tal, que quería todas las ventajas sin ceder lo más mínimo. Se contentó con poner hoci-co á su madre, á sus hermanos, al señor y á la señora de Breteuil, los cuales tuvieron el acierto de no prestar atención, en sus raras entrevistas; hasta que la estancia en Drippe, tan deseada, concluyó por ser una penitencia para la joven, que no encontraba con quien hablar.

Después de la llegada de la señora Guerbois, Duval se había vuelto á París, de donde venía el sábado en *el tren de los maridos*; Norina empezaba por acogerlo bastante mal; después, cuando el buen humor del contratista conquistaba á todos los de la casa, se dejaba desenojar y se volvía bastante amable á la hora de marcharse éste.

Aunque no de un modo muy católico, vino alguien, que lo cambió todo.

Este *deus ex machina* no fué otro que Muriel. Se trasladó á Dieppe para arreglar sus casitas, y se quedó allí para cortejar á Norina. Siempre se había él dicho que cataría aquel fruto; y el momento le parecía

bastante oportuno para ponerse á la mesa. El año que acababa de pasar no lo había desperdiciado.

Encontró el medio de hacerse adjudicar, por la intervención del contratista, la construcción de un palacio y una casa que produciría beneficios considerable, porque los dos se entendían á maravilla, y nadie saldría perjudicado, á no ser los herederos del propietario. Estos quedarían quizás admirados, cuando, al cabo de veinticinco ó treinta años se viesen obligados á hacer reparaciones enormes; pero en veinticinco años pasa tanta agua por debajo de los puentes!

Por esto los dos hombres se habían unido íntimamente; siempre se les veía juntos para los negocios, y á veces para los placeres.

Muriet había presentado á Duval en su círculo.

¿Qué cosa más natural durante la ausencia de Norina? ¿no debía pasar las noches en alguna parte?

Duval iba, pues, al círculo; y Muriet, en Dieppe, después de haber procurado al marido ocupación para las noches, se ingeniaba, para proporcionársela también á la mujer.

Había intentado llevarla al casino, pero esto no se pudo hacer, sino con la participación de la señora de Guerbois, lo que quitaba á estas diversiones la mitad de su atractivo. Sin embargo, valía más que nada.

En el casino le presentaba mucha gente ¡todos pasaban! No era una sociedad muy escogida; pero que seguramente parecía elegante.

Había momentos en que la señora de Breteuil tenía ganas de interesarse por la suerte del marido.

El señor Breteuil, que poseía una filosofía un poco rencorosa, la reprendía crudamente en esas ocasiones sostenido por la señora de Anglois que le prestaba particular energía.

Los días que ésta se ocupaba en pronosticar el porvenir del matrimonio Duval, eran días de fiesta para sus vecinos. Componía sabiamente sus horóscopos, como el plano de un libro, y los desarrollaba sabiamente durante la tarde á sus encantados oyentes. Rosina se ahogaba de risa, la señora de Breteuil titubeaba primero, y concluía por sonreír, y Reyer mismo no podía conservar la gravedad ante las situaciones cómicas, inventadas por su tía.

—Es una suerte que no tengamos aquí señoritas—dijo una tarde en el momento en que la señora de Anglois corría el telón después de un quinto acto en que el contratista glorioso, llegaba á los más altos destinos guiado por la experta mano de su mujer, que había jurado hacerlo condecorar por todos los soberanos extranjeros.

—¡Sí, es una suerte!—replicó prontamente el señor de Breteuil; —bastante es haber tenido una; pero, querida señora, ¿creéis verdaderamente que sea tan hábil esa parlanchina?

—¡Ay! vecino, no es necesario que sea hábil, con tal de que se dirija á hombres que lo sean,—repuso juiciosamente la señora de Anglois,—es cuestión de aplomo.

—No sé, tía, si tendrá frescura ó iniciativa; me ha parecido muy pasiva—dijo Rosina.

—¿Eso crees? espera que le llegue la ambición, y además ¡pasiva!... Para ejecutar sobre tu marido el ataque que sabes, me parece que hacía falta un poco de iniciativa, á menos que la iniciativa no haya venido de él...

La pequeña reunión rompió á reír, mirando á Edmundo.

—Por fin—dijo éste—ya estamos libres de ella.

—¡No es seguro!—dijo la señora de Anglois con el gesto autoritario de su índice.

—¿Cómo, no es seguro?

—Nada de seguro, conozco á esta clase de mujeres, no tienen ninguna fidelidad, sino una terquedad que para las gentes superficiales hace el mismo efecto.

Si por un concurso de circunstancias inverosímiles hubieseis sido vos, sobrino mío, quien hubiera tenido la dicha de ser su esposo, no creo que os hubiera guardado la fe conyugal con preferencia á otro, pero sé muy bien, que no siéndolo estáis expuesto á nuevos ataques...

Hubo una protesta general.

—¡Oh tía!—exclamó Rosina—veis las cosas demasiado negras; eso no es posible, después de lo que ha pasado.

—¿No quieres creerme?—repuso la señora de Anglois poniendo la nariz de un modo particular, lo que demostraba una gran hilaridad interior;—¿quieres apostar?

—Sostengo la apuesta!—dijo Edmundo con vivacidad,—tanto más, cuanto que me dais un papel de hombre perseguido, contra el que protesto...

—¡Perderéis, sobrino,—replicó la señora de Anglois sin cesar de divertirse interiormente,—¿qué apostamos?

—Un viaje á Italia—dijo Rosina.

—¡Convenido! si pierdo, os llevo á los dos; si perdéis, me llevaréis vosotros. De modo que estamos seguros de ir, suceda lo que quiera.

—Pero es menester fijar un límite—dijo el señor Breteuil.

—Cinco años, dijo Reyer.

—Dos años;—repuso la señora de Anglois,—y aún dos años es mucho.

—¡Tía! si no tendrá entonces veinte años, suponéis que á esa edad...

—Iremos á Italia,—interrumpió alegremente la buena señora. Ya comprendes que no tengo ganas de esperar á que mis años me impidan realizar ese viaje. ¡Me alegro sólo al pensar en esta fiesta! y á vuestras expensas, sobrino, lo que redobla su encanto.

Se aferró á esta idea, y durante más de una tarde esta apuesta sirvió de tema á las más imprevistas variaciones.

Y, sin embargo, Muriel avanzaba en el sitio de aquella fortaleza; Norina no podía pasarse sin él; lo llamaba Muriel, á secas, y lo cogía del brazo ella misma; no se apoyaba en aquel brazo; eso hubiese sido faltar á todos sus principios de ingenua; pero se dejaba apretar con bastante ternura sobre un corazón que había latido muchas veces por otras distintas de ellas.

Eran sólo esperanzas; sin la presencia de la señora de Guerbois, el arquitecto estaba convencido que se hubiesen convertido en realidades; pero no había medio de realizarlas con aquellos dos muchachos desgarbados que aparecían por todas partes. Cuando no eran ellos, era su madre la que se presentaba en los momentos y en los sitios más imprevistos. Muriel empezó á darla al diablo; pero el diablo no la quería; probablemente la mercancía de este genero abundaba en la plaza.

—No podré encontrarla nunca sola ni un momento—se preguntaba el arquitecto que, en este juego, se había inflamado más de lo razonable.—En un cuarto de hora de conversación, la decidiría á cualquier cosa.

Muriel creía conocer á las mujeres y á ésta parti-

cularmente: era un grave error; un axioma, dice, que el que cree conocer á las mujeres da en eso una prueba de que no entiende nada.

Un día, sin embargo, pensó haber llegado á la entrevista tan deseada; y efectivamente, llegó.

Duval acababa de tomar el tren de la mañana; Muriet que debió marchar con él vino á las ocho á anunciarle que se iría en el tren de la tarde; y el contratista, siempre jovial, y sin desconfianza, se marchó solo.

Su amigo agradecido, se quedó en el comedor con Norina, que tomaba el chocolate vestida con el más encantado abandono. Batista cruda, bordados, encajes, todas las hierbas de San Juan, estaban reunidas, lo que la hacía aparecer amarillenta, porque el color de su tez se acomodaba mal á los colores borrosos.

El tranquilo comedor era á propósito para la deseada entrevista. La señora de Guerbois no había parecido; los muchachos, tomaban en la playa su baño matinal.

—Norina,—dijo Muriet, que no era amigo del chocolate,—hace un año que no podemos hablar juntos con libertad.

La joven que bebía en su taza levantó hacia él los ojos, sin dejar de beber.

—¡Un año, y en ese tiempo han sucedido acontecimientos bien crueles para mí!

Las turquesas se bajaron hasta el fondo de la taza, y Norina bebió de prisa la última gota del brebaje.

—No podéis ignorar lo que pasa dentro de mi alma—repuso el arquitecto.

No, no lo ignoraba, porque sus cándidos ojos se velaron con una púdica contusión.

—¿No podré tener un momento de conversación con vos? ¡tenemos tanto que decirnos!

—En París podemos hablar—dijo la señora de Duval con su aire ingenuo.—Esta casa es como un molino, es verdad: pero en la mía, estaré más tranquila, este invierno. Y además tendré un día, para recibir y estarán seguros de encontrarme.

¡Un día! ¡con vino de madera y pastelillos! ¡eso sí que adelantaría las confidenciales entrevistas de Muriet!

Pero no se dejó desconcertar; entre aquellos buenos compadres, las palabras explícitas eran superfluas, cada uno comprendía á medias palabras.

—¡Ah!—repuso el arquitecto—había olvidado de decirlo; me he mudado el 15 de julio.

—¿De veras?—dijo Norina—¿y donde vivíais?

Aquí Muriet se admiró; nunca hubiese sido capaz de encontrar aquel pretérito imperfecto.

—En las Ternes,—respondió con negligencia.—Acabo de amueblar un bonito entresuelo, en la calle Recher, número 166...

—No está lejos de casa—dijo la joven.

—¡No está lejos! y además dicen que por todas partes se va á Roma; he calculado que podía ir á veros todos los días, sin pasar dos veces seguidas por la misma calle en todo el transcurso de una semana.

—¡Vaya; pues es divertido!—dijo la ingenua.

La señora de Guerbois entró con los sentimientos de una madre que ha dormido una hora más de lo justo.

Sin embargo, la placidez de su hija, la tranquilizó; lo que la puso inquieta fué la cara de disgusto que no pudo menos de mostrarle Muriet, también, ¿por qué venía á cortarle la palabra en el momento crítico?

La señora de Guerbois tomó el chocolate; pero sin apetito, algo le decía que había una águila bajo la roca, y se sentía inquieta. Los muchachos, hambrientos, entraban casi al mismo tiempo, y Muriet se fué, lo que era una falta de delicadeza.

Durante la tarde del mismo día, mientras que Norina, sentada sobre la playa en una garita de mimbres, simulaba ejecutar variaciones complicadas en un encaje; la señora de Guerbois montaba la guardia cuidadosamente, alrededor de la garita.

—Mamá,—le dijo una vez su hija,—no podrías estar quieta?

—Me paseo, para disipar el dolor de cabeza—respondió la madre prudente;—ya estoy mejor.

Y no mentía, porque el objeto de su vigilancia, aparecía en la escalinata del casino, donde Norina no podía verlo.

La señora de Guerbois cayó sobre el arquitecto y se lo llevó á los parajes ultra-mundanos, donde un día había puesto los zapatos á su ídolo.

—Tengo que hablaros, señor Muriet —dijo aquella madre llena de dignidad.

—¡A vuestras órdenes, señora!—repuso el arquitecto con la galantería que para él era la última palabra de la urbanidad.

—Iré derecho al grano, caballero: ¡Cortejáis á la señora de Duval.

—¡Oh! señora,—protestó el inculpado con sorpresa, levantando las manos al cielo.

—Ya comprendéis, que si no estuviese segura, no me entretendría en decíroslo—repuso la señora de Guerbois.—Pues bien, es preciso que renunciéis. No permitiré que distraigan á mi hija de sus deberes.

—Querida señora—interrumpió gravemente Mu-

riet,—debo de estar bajo el peso de alguna denuncia calumniosa. La señora de Breteuil que no me puede sufrir os habrá dicho...

—Yo no veo á la señora de Breteuil—repuso la madre de Norina;—mi hija, por complacer á su marido, ha creído deber reanudar las relaciones con esa familia; pero yo, por mi parte, he sido demasiado ofendida... La cuestión no es esa; galanteáis ostensiblemente á la señora de Duval, y yo no debo tolerarlo. Esta niña es demasiado falta de experiencia, para que vuestras atenciones no sean con peligro para ella; menos á causa de sus sentimientos, de los que estoy seguro, que por la opinión que podrían concebir los demás, ¿me comprendéis?

—Os comprendo, he hecho mal en demostrar mi admiración de un modo demasiado evidente; sabré abstenerme de ello de aquí en adelante. Duval es mi amigo, y á ese título debo considerarlo.

—¡Si es vuestro amigo, tanto mejor!—dijo la señora Guerbois impaciente;—os digo claro que miráis á mi hija de un modo que no me conviene, y que si esto continúa, advertiré á mi yerno.

—No hagáis eso, querida señora,—replicó Muriet, que la miró de pies á cabeza,—causaríais á vuestra hija un daño irreparable, sin perjudicarme á mí de un modo serio. Duval y yo tenemos intereses comunes; y no se riñe fácilmente con un amigo á quien se puede necesitar; la señora de Duval sería vigilada de más cerca, quizá de un modo ofensivo; pero según mi conciencia, lo que ofendería las justas susceptibilidades de la esposa, sería perdonado fácilmente por el amigo, al marido turbado por injustas sospechas.

—Muy bien,—dijo la señora de Guerbois irritada; enojada sobre todo de haber desenvuelto tan mal su

asunto;—sea como quiera, yo no me prestaré á unos sentimientos capaces de comprometer á mi hija. A la menor sospecha se lo comunicaré á mi yerno y ya os desenredaréis los dos como os parezca.

Y volvió la espalda al arquitecto, que se quedó frente por frente al derrumbadero; como las piedras no tenían nada que decirle, las miró con desdén y se volvió hacia el mundo civilizado.

Esto le dió que reflexionar, porque la señora de Guerbois, si no ponía sus amenazas en ejecución, sería, por lo menos, un obstáculo constante. Más valía esperar la vuelta á París, aquel París tan cómodo, que tenía hasta siete caminos diferentes que conducían de su entresuelo á la morada del contratista.

Tomó el tren de la noche, encontró á Duval, le hizo otros dos pequeños servicios durante el día. Duval lo convidó á comer en un sitio donde se comía muy bien, y no volvió más á Dieppe.

Al cabo de algún tiempo, se aburrió Norina de tal modo, que prefirió volver á París. La presencia de su madre, se le había hecho insoportable desde que ésta, no desperdiciaba ocasión de hablarle mal de Muriet.

Más inocente que su hija, la digna madre se había imaginado que se desvía la imaginación de una mujer rebajando al que la busca.

La señora de Guerbois, que se encontraba bien en Dieppe, se quedó de veraneo con sus hijos, pero Norina se llevó á sus criados. Al cabo de cuarenta y ocho horas de comer en fonda, la madre de familia volvió toda asustada de lo que cuesta vivir fuera de su casa, su hija se rió para sí; ya se había permitido ese placer inocente, y á partir de ese momento empezó la vida que había bosquejado el invierno precedente.

XXVI

Una noche de diciembre, la señora Duval soñaba sola junto á la chimenea. Algunos días antes había celebrado el aniversario de su casamiento; y recapitulando su vida, se decía que este año, después de todo, no le había traído grandes placeres.

Su marido comía fuera, comida de hombres en casa de un arquitecto; para ella era lo mismo que tenerlo frente á sí, en aquel comedor que parecía demasiado grande para los dos solos; sin embargo, no podía menos de pensar, que es muy aburrido estar sola. Su pensamiento se dirigió naturalmente á Muriet, pero Muriet comía también en otra parte; la joven, se dijo que los hombres son todos lo mismo, cuando se trata de sus intereses ó de sus placeres.

Su pensamiento vagabundo fué á buscar al matrimonio Breteuil. ¡Aquellos eran felices!

La señora de Breteuil no se hallaba nunca sola, sino cuando quería; tenía á su lado amigos y amigas jóvenes y viejos, que no podían sino serle agradables, y que habrían hecho mucho por evitarle una pena.

Siguiendo la pendiente natural de los Breteuil, fué su pensamiento á los Reyer.

¡Otro matrimonio tonto; gentes que se divertían en su casa, que iban á tener un niño! ¡Es bastante estúpido tener un niño! el primero sobre todo, no hay ridículos que los padres no hagan por ese pequeño ser, colorado y desagradable... Norina no tenía hijos ¡á Dios gracias! y esperaba no tenerlos jamás.

Sin saber cómo, de pronto, la imagen de Justino Lignón vino á mezclarse á estos pensamientos bastante inoportunamente; porque fué rechazada con cólera,